



Diplomado en Protección de Menores en La Pontificia Universidad Gregoriana de Roma

Ma. Rosaura González Casas, STJ
Directora del Diplomado en Español



El Diplomado en Protección de Menores del Centre for Child Protection de la Gregoriana en Roma, se ha desarrollado desde el 2015 en idioma inglés. En este año, por primera vez, se presentó en español. Nuestro fin es dar respuesta a la gran necesidad que tenemos en las Iglesias de los países de lengua latina y en América Latina, principalmente a profesionales preparados en este campo! La duración del Diplomado fue de febrero a junio, 4 meses y medio. Participaron 17 personas: 5 laicos, 6 religiosas y 6 sacerdotes. Esta fue una distribución adecuada para poder experimentar la sinodalidad en la Iglesia, así como la diversidad y la riqueza cultural de las diferentes procedencias: Angola, Argentina, Costa Rica, Chile, Colombia, España, Ecuador, México, Perú, República Dominicana, Uruguay, Venezuela. De estos participantes, cuatro fueron becados por la CLAR – Confederación Latinoamericana de Religiosos.

El curso tiene un enfoque interdisciplinar que considera la perspectiva antropológica, psicológica, teológica espiritual y del derecho canónico. En el tiempo de formación se adquieren habilidades y competencias para el trabajo en la Protección de menores, en la prevención de todo tipo de abuso y en la cultura del Buen trato. Deseamos que la Vida religiosa, y toda la Iglesia sea un espacio seguro para los pequeños y más vulnerables.

La experiencia vivida a lo largo de estos meses fue recogida por Alejandra Elbaba religiosa dominica de Argentina y Miguel Matute un laico comprometido de España, la cual ha sido profunda, conmovedora y representa un poco lo que todos vivieron. Dios tocó sus corazones y solo pudieron hilar la experiencia con símbolos, imágenes y parábolas porque las palabras no son suficientes...y como hizo Jesús ellos hilaron la narración a la luz de la parábola del Buen Samaritano.

¿Dónde está mi prójimo?

“¿Y quién es mi prójimo? En pleno verano austral llegamos aquí, al frío, a la lluvia, a lo desconocido. Todos distintos, con distintas vocaciones, todos con la misma inquietud, con la misma llama en nuestro corazón. Las preguntas que nos circundaban eran: ¿dónde están las víctimas?, ¿qué necesitan de nosotros? Entre nosotros, no nos conocíamos, nos observábamos con

precaución, apenas salíamos de nuestra zona de confort, de nuestro lugar de poder, de nuestra Jerusalén.

“Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó” y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto”

En el camino habíamos visto a lo lejos a los golpeados, a los desnudados, a los despojados, que no era uno, sino que eran muchos y muy distintos. Unas víctimas habían sufrido directamente en su carne, otras constataban que les habían alcanzado los golpes cuando sintieron el dolor.

Pasaron por el mismo camino algunos que no quisieron ver y otros optaron por evitar su presencia. Por si acaso ¿no está la Vida Religiosa medio muerta, golpeada, en el camino? Por casualidad ¿no se siente asfixiada por la inercia de un orden inamovible y unas tradiciones incuestionables, deshabitadas? ¿cuántas veces laicos y religiosas/os, sacerdotes, hemos intentado apartarnos del camino, hemos exigido que nos limpiaran para que pudiéramos transitar hacia lo “supuestamente puro” con libertad y seguridad?

“Y viéndolo, se compadeció de él”. Nosotros nos encontramos en ese camino con las víctimas y no quisimos abandonarlas. Sin embargo, pensábamos que, con nuestra ciencia, nuestra formación, nuestra historia, nuestra sabiduría, con nuestras distintas vocaciones bastaría para atender a las víctimas y tampoco era así. ¡Bastante ingenuos éramos! Descubrimos que sólo podemos acercarnos a ellas si nos ponemos a su altura, si nos bajamos hasta su dolor, conociendo y reconociendo que son personas como nosotros.

Solo podemos conocer cuál es su dolor, su sufrimiento, cuando somos capaces de acompañarlos, cuando nos atrevemos a mirarlos cara a cara, para ofrecerles nuestra mano y ayudarles a salir del daño infligido. Esta tarea nos compete a todos, laicas/os, religiosas/os y sacerdotes, mujeres y varones. Dado que, lo único que se requiere es ver con la mirada humana a quien es igual que nosotros.

“Se acercó”. Nos hemos aproximado a los heridos, los hemos visto de cerca, los hemos mirado con ojos de misericordia y hemos descubierto que

su realidad es parte de un sistema de poder contaminado. Por tanto, acercarse supone eliminar las distancias, arriesgarnos a mancharnos, a contagiarnos, a perder nuestra supuesta pureza, a descubrir que nosotros también estamos heridos, golpeados, débiles y vulnerables. Así que, necesitamos acercarnos los unos a los otros, sentarnos a la misma mesa de la Palabra y de la compasión, para acercar las distancias.

“Le vendó las heridas y se las curó con vino y aceite”. Curar es proteger, prevenir, acoger, aliviar. Si la relación se pervierte, aparece el abuso. Por ende, solo en la relación se encuentra el alivio, la curación y la transformación. No hay nada más terapéutico que la caricia, la aceptación, la contención, el apoyo, el dar la mano, porque con la capacidad gestual se logra expresarles que son importantes, que pueden avanzar, además, es una manera cercana de reconocerles en su dignidad con el respeto que se merecen.

“Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó”. Hacernos cargo significa ser *synodoi*, según su acepción más antigua de *compañeros de camino*. Juntos, aprendemos a escuchar, nos animamos a hacernos preguntas, aprendemos a esperar la respuesta, a agudizar la sensibilidad. Como dice Pablo, “cuando un miembro sufre, todo el cuerpo sufre con él”. Por ello, es importante reconocer que caminamos con esos dolores y que la Vida en abundancia nos viene precisamente del dolor transformado de los miembros que sufren (o que sufrimos).

“Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento”. Pagar es arriesgarse, entregarnos, donarnos sin cálculo, sin esperar nada a cambio. Es esta una tarea en la que, además de comer cotidianamente el pan del dolor de las víctimas, encontramos los sinsabores de hermanas y hermanos de nuestras mismas comunidades, que no comprenden la gran necesidad de trabajar en favor de la prevención y la reparación. A este punto, nuestro camino ya no puede ser ajeno al de las víctimas. Sus heridas son muy profundas, pero la misericordia de Dios lo es más: ahí está el tesoro, que todo lo inunda, porque nuestros recursos, presentes y futuros, están invertidos allí.

“Cuídemelo —le dijo—, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva”. En este encomendar a otro, al posadero, encontramos un símbolo de que solos no podemos hacerlo todo, que necesitamos complementarnos, enriquecernos, trabajar en equipo, en red, codo a codo, sabiendo que adonde yo no llegue, un compañero/a recogerá mi testimonio. No es una cuestión de solo distribuirnos tareas y funciones, es compartir. En estos meses, pudimos hacer la experiencia de aprender los unos de los otros, manifestar nuestros propios límites y eso nos hizo más humildes, aceptando que la humildad es andar en verdad. Hoy el trabajo en red no es ya para nosotros un slogan, sino una necesidad vital, porque también nosotros somos vulnerables y necesitamos de las redes para sostenernos.

“Cuando regrese”. Cuidar es un verbo femenino, lento, acariciador, que contrasta nuestras prisas y nuestra ansiedad por los resultados inmediatos. Le da calidez a nuestras relaciones comunitarias, rompe nuestras defensas y nos hace inventar gestos de ternura. Otro aprendizaje que queremos destacar de este tiempo compartido es el de descubrir la importancia del proceso gradual, paciente, comprometido, mistagógico. Un proceso que no es lineal ni siempre en subida, sino que es espiralado, que nos va abrazando a todos, víctimas primarias y secundarias, agresores, ministros de la prevención, y, como en movimientos envolventes, nos va comprometiendo más y más con la libertad del otro y su cuidado. En este proceso, la relación es lo que nos hace no olvidar y volver, nos saca de nuestro narcisismo y de la autorreferencialidad para convertirnos en laicas/os, religiosas/os y sacerdotes, capaces de ser verdaderos “ministros”, servidores del Reino. Es la relación, la que activa la memoria y nos ayuda a comprenderla como historia de salvación.

Y volvemos sí, pero de otra manera, conscientes de que el dolor de las víctimas nos evangeliza al interior de nuestras comunidades y de la gran comunidad que es la Iglesia. Volvemos sin respuestas acabadas y cerradas, por el contrario, volvemos con preguntas:

- ¿Cómo podemos aceptarnos plenamente como seres humanos?
- ¿Cómo podemos establecer nuevas relaciones que gesten vida y no muerte?
- ¿No habremos puesto escalones demasiado altos para poder entrar en

nuestras iglesias?

- ¿No deberíamos tener menos muros opacos y más espacios verdes para encontrarnos de igual a igual?
- ¿Cómo debería ser nuestra formación inicial y permanente, estructurada y sistemática, fundamentada y orientada, de cara a las víctimas?
- ¿Cómo podemos hacer que, en nuestras iglesias, entre la luz del mundo, la lluvia de la purificación, el viento de la renovación, el murmullo de nuestros debates, el dolor de las víctimas, el llanto de los arrepentidos?
- ¿Cómo podemos, en comunión, estar atentos al Espíritu de Dios?

Finalmente ¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

El que se compadeció de él - contestó el experto en la ley.
- Anda entonces y haz tú lo mismo -concluyó Jesús.

Les invitamos a todas/os a unirse con el corazón en esta oración que recoge aquello de lo que está lleno nuestro corazón, al terminar este diplomado, es decir, de gratitud y deseo de entrega.

Eterno Señor de todo lo Creado

Te damos gracias por haber sembrado en nuestro corazón
la capacidad de escucha para vencer nuestras seguridades
la duda para interrogarnos,
la compasión como criterio para actuar
la esperanza como compañera de camino.

Padre Misericordioso

Te pedimos que nos fortalezcas para vencer nuestros miedos y temores ante el mal.

Ayúdanos a conservar la amistad, aunque estemos dispersos sobre la tierra, para trabajar juntos en la tarea de restaurar la dignidad de las víctimas.

Concédenos la humildad para reconocer que todo éxito en nuestro trabajo y nuestros proyectos solo depende de Ti.

Que, cuando nos tiemblen las piernas, oremos en busca de tu consuelo y de tu voluntad para mejor servir y ayudar a las víctimas.

Señor Dios, Creador de todas las criaturas

Nos ofrecemos a Ti para entregar la vida en el servicio a los más vulnerables,
para servir allí donde nos necesites
para dar testimonio de tu amor allí donde exista el dolor y la oscuridad.

Concédenos tu Gracia

Inunda de Amor todas nuestras experiencias
Desborda de Bondad nuestros corazones
Que cuando veamos tu rostro descubramos que siempre te hemos conocido
porque habitas en los humildes y en las víctimas,
Que podamos reconocer que todo lo que en esta tierra vivimos de amor verdadero es más tuyo que nuestro.
Que, al amarte a Ti, amemos nuestra humanidad.